

Vaguedad

Guadalupe Olvera Larrondo

En la “edad madura” todo se puede contar... sobre todo al modo personal: puedo tomar un bolígrafo y beatificarme en una cuartilla; soñar, empuñar el lápiz y embestir con imágenes fatuas de una ardiente y erótica juventud; manifestar la postergada sensualidad a la abnegada entidad de madre; simular el heroísmo y la decencia de la inmaculada vida genital o sólo dibujar una mueca entre sonrisa irónica, dulce, malintencionada o intrigante de un pasado y un presente que desean explotar, vertiéndose en lluvia de artificios pirotécnicos.

“Sí, en la ‘edad madura’ todo se puede contar”, pienso mientras tomo mi taza de café con leche tibia -sí, tibia, porque los extremos laceran mi gusto por las cosas... ¿será así en todo? -: ¿por cuánto dinero estaría dispuesta a desnudar mi alma, desatar mi conciencia o vender mi intimidad?, ¿qué arrojarían al exterior las experiencias acumuladas en mi existencia?, ¿alguna otra mujer se identificaría y blandiría mi vida como estandarte para romper sus ataduras? o ¿sólo despertaría el morbo de quien lee para aminorar sus culpas y detectar otras peores?, ¿mal de muchos, consuelo de tontos?, ¿qué me haría desdibujar esa sonrisa de traviosos recuerdos en mi cara, al saber que ya no son secretos?

Suelen abrumarme cantidad de pensamientos y cuestionamientos sobre si mi educación tradicionalista, la represión machista, la mismísima crítica social femenina o el rompimiento de la imagen -figurativamente, claro está, de lo contrario sería un suicidio- me impiden volcar sobre el pliego blanco una descripción biográfica de la opresión sexista...

Mmm..., no, no soy víctima, mejor dicho *hoy* no estoy de víctima; y es que las mujeres solemos justificar nuestras acciones y la vida misma por lo que nos hicieron: “Y por eso soy así ahora...”, “por eso lo hice...”,

guardando un silencio de complicidad con su victimario. No, hoy no estoy de humor para tal tipo de reflexión; estoy muy optimista y llena de fantasías con nombres, voces, cuerpos que susurran a su modo: “te amo”, “te quiero”, y con eso lleno las hermosas historias de la “edad madura”.

Sí, leíste bien, hablé en plural, y es encantador, ¿sabes por qué? ¡Ah!, pues porque nunca estás sola, nunca echas de menos y nunca lucubras las tenebrosas causas e infidelidades que ocasionan las ausencias del amado. ¿Poligamia? ¡Dios nos libre!, no, no me malinterpretes, hablo de la amistad civilizada, de aquella cariñosa y platónica que surge entre un hombre y una mujer, con investidura de flirteo, con tintes asexuados, pero con un sustrato altamente erótico, que oscila desde los movimientos y las miradas hasta la respiración y la voz; lo que implícito en una trivial charla llega a ser manifiesto en otra, pero sin exigencias. Es el sutil encanto de la tecnología disfrazada de investigación e intercomunicación; de vinculación desinteresada y altamente intelectual: es la romántica farsa del siglo de la computadora, el medioevo lleno de arrogantes caballeros en busca de su doncella, la que detrás de una apariencia cándida y virginal esconde bajo las faldas el ardiente deseo de lo no permitido.

¡Ah!, me agrada la combinación del café con leche y un pan tostado con frijoles y queso... mmm..., por eso no me casaría, mi marido demandaría por ser tan sórdida al interrumpir su candente galanteo mensual con mi modesta merienda.

A veces el ensimismamiento invade mi ociosa vida (la cito así porque para mí, como para la totalidad de las mujeres, el trajín hogareño, el trabajo remunerado, el cuidado de los hijos, su educación y las reuniones con la familia política son diversiones gratuitas, cotidianas y deliciosas) obligándome a derramar, sin razón alguna, una lágrima, sollozando, murmurando un “te amo”, un “te extraño” al vacío, al silencioso retiro de mis sentimientos perdidos.

Ocultando esos sentimientos perdidos, obstruyendo su afloramiento, se encuentra la peor compañía de una mujer, aquella que posee desde la adolescencia hasta la edad madura; no me malinterpretes, hablo del silencio, del obligado y desquiciante silencio que acompaña

todos nuestros actos; la máscara, la apariencia de lo que debería ser nuestro autoconocimiento; la desvinculación de mi persona del placer, la asexualidad impuesta..., la frigidez manifiesta.

Este café se enfría y mis ideas le siguen, al fondo la voz de mi pareja que reclama su cuota mensual y la verdad, espero me entiendas, no puedo darme el lujo de rechazarle... ¿por qué?, ¡ah!, ya sabes, el único pretexto válido sería el destierro mensual del óvulo.

Por cierto, a mí en ocasiones me asalta la duda sobre el desgaste viril de mi hombre: ¿acaso serán los efectos del inminente paso temporal?; ¿el despliegue extrahogar de una potencia furtiva?; ¿o la toma de algún afrodisiaco? De ser esto último, lo contemplaré para el Día del Padre.

¿A ti nunca te ha inquietado eso? ¿No te pasó que la fogocidad de las caricias y del cuerpo de tu pareja cesaron después de casarse o de vivir juntos?... mmm, sí, también lo he notado.

¡Uff!, detesto la nata en la leche, se forma al tiempo de ignorar la bebida, como las del tiempo al inmovilizarse en nuestros rostros, es ahí cuando al verlas en el espejo imagino que alguien las puede retirar y encontrar de nuevo el suave reflejo de mi ser, de mi pasión por la caricia, del sutil e intenso entusiasmo que ocasiona la cercanía del calor de otro cuerpo; y al igual que con mi taza de café con leche, tengo dos opciones: avivar la temperatura o tirar el sobrante como para deshacerme de lo usado, desplegando mi frustración por no haberla tomado a tiempo (la vida y la leche).

Tomarla, sí, no ceder la tutela: de la familia, a la “pareja”, de ésta a los hijos y, por último, como reliquia, a los nietos que nos llegan a ver como centro de diversiones, de situaciones chuscas e infantiles; o peor aún, como la atadura, el grillete del fin de semana.

“Tomar la vida”, los hombres se divierten con ella y ¡vaya que lo hacen!, la toman, la moldean, la tergiversan, la tiran..., incluyendo la nuestra, porque al fin y al cabo, dígame lo que se diga: también se la entregamos, y es que una sola vida sería insuficiente para ellos, mínimo dos, y si existe concubina, amante, aventura, etcétera, el número aumenta, su vitalidad se acrecienta y su personalidad se integra (que conste que no digo que se optimice, sólo se integra, ¿cómo?, pues nada más vean a su alrededor y saquen conclusiones), siendo las mujeres las que

enriquecen el acervo de estrategias, mañas y argumentos para usurpar vidas... y lo peor es cuando te dicen: “Pero si tú eres la reina”, “Tú eres la catedral”.

Decidí calentar mi leche y, después de sentarme, vuelvo a preguntarme si estaría dispuesta a exhibir mi vida. Se dice que a los viejos las glorias pasadas nos engrandecen y revitalizan, y especulo sobre la ligereza de mi existencia, que me haría ver vengativa; o bien si opto por la apariencia mojigata que mi ser reprobaría. Al fin y al cabo sólo son letras que quizá no trascenderán, ¡oh!, perdón (frase altamente femenina, que nos ubica como gráciles y bien portadas mujercitas), ya lo hicieron, las estás leyendo con ojos curiosos e inquietos pensamientos, aunque, ¿sabes?, tengo una duda: ¿al leerme llegas a identificarte?, y si fuera así, ¿no es acaso siempre el cuento de nunca acabar?; luego entonces, ¿valdrá la pena ventilar mi intimidad?

He acabado mi taza de leche con café –el decir “café con leche” ¿es porque se sirve primero el café o porque hay más café que leche?-. Y lo más triste de esto es el ritual de lavado y acomodo del traste, es la despedida de una grata compañía que me permitió hablarme de lo que no suelo hablar y ahora pienso que, la verdad, no creo poder animarme a escribir algo autobiográfico sobre mi sexualidad oprimida, y eso que en la edad madura todo se puede contar.